

mas indiferentes; que los siglos pasan sin borrarlas, y que cuando por medio de las leyes se trata de hacer innovaciones no se consigue casi siempre sino provocar en el seno de los Estados profundos sacudimientos?

Empero la cruz no iba simplemente, por medio de sus pacíficos soldados, á obrar la sustitucion de algunas vanas prácticas: tratábase, pues, de renovar en su fondo todo el mundo, de trastornar todas las religiones. así como la filosofía y la política: tratábase nada menos de prescribir á las naciones el que quemasen lo que hasta entonces habian adorado, para que adorasen lo que antes habian quemado. ¡Cuál seria el grandor del muro que levantaria la fuerza de inercia por todas las causas que hemos dicho; y cuál seria la resistencia que ofreceria en todos los corazones, en todos los entendimientos y voluntades para oponerse á los gigantescos desig- nios de la cruz! Sin embargo, ¿cuándo fueron vencidos con mas facilidad unos obstáculos tan grandes? ¿cuándo se ha visto una victoria mas prodigiosa? Apenas Pedro, el ignorante pescador, abre sus labios y anuncia la verdad al pueblo de Jerusalem, cuando millares de sus oidores se sienten compungidos y se convierten á la cruz. Todo se conmueve á la voz de los obreros evangélicos; y el número de los fieles crece de dia á dia. Casi á un mismo tiempo Jerusalem, Antio- quía, Aténas y Roma se estremecen al nombre de Jesucristo: por todas partes se fundan iglesias, y se ve á una muchedumbre de hombres precipitarse ardorosamente á las prác- ticas de la penitencia, de la misma manera que antes se ha- bían entregado á los placeres. Nada los detiene ni hace re- troceder para seguir la voz de Jesucristo que los llama; y saben desafiar por causa de la fé naciente, todo género de suplicios y de muerte. ¡El mundo se admira de verse cristia- no en tan breve tiempo!

Ved, pues, cómo la cruz, tomando su punto de apoyo en Dios, y semejante á la soñada palanca de Arquímedes, con- movió con un solo impulso la fuerza de inercia de nuestra na-

turalaleza, imprimiéndole á toda la humanidad un impulso que jamas habia sentido; impulso tan impetuoso, que despues de diez y ocho siglos, y á pesar de los desesperados esfuerzos que se han hecho, no se puede detener el movimiento; ó me- jor dicho, no se puede ni atenuar.

CAPITULO XXV.

Luchas de la cruz contra el tiempo y el espacio.

Entretanto que la naturaleza animada, inteligente y sen- sible ponía en juego todas sus fuerzas contra los soldados de la cruz, estos encontraban en la naturaleza inanimada obs- táculos contra los cuales se habia estrellado hasta entonces todo el poder humano, y que sin el poder divino, siempre habrian sido insuperables. Habiales dicho Jesucristo á sus apóstoles: "Id á enseñar á todas las naciones, y predicad el Evangelio á toda criatura." Esto es; vuestra mision no se li- mita á una ciudad, á un pueblo, á una nacion; no se estiende á los hombres de hoy ó de mañana: esa mision no reconoce otros límites que los del mundo, ni otro fin que el de los si- glos: vais á subyugar todo el espacio terrestre, y vuestra voz llenará la inmensidad de los tiempos hasta que se pierda en el seno de lo indefnido la sucesion de nuestros dias.

"Sin remontarnos hasta Nemrod, Nino y Sesostris, dice el P. Lacordaire, mucho tiempo hacia que los reyes acariciaban este pensamiento; y que á ejemplo de Nabucodonosor, reu- nian á sus generales y favoritos en el gabinete secreto para declararles que tenian la intencion de dominar todo el uni- verso. Pero tambien hacia tiempo que esos sueños de gigan- tes desaparecian en presencia de la realidad."¹ ¡Gran dife- rencia hay entre el hombre y el Ser soberano, que en todas

¹ Conferencias, tomo 11, pág. 258.

partes hace sentir su presencia y su omnipotencia! El hombre, limitado por órganos débiles, no ve, oye ni toca sino lo que alcanza dentro de un círculo muy estrecho; si quiere llegar á mas grande distancia, si quiere manifestar su poder sobre puntos mas remotos, vése necesariamente obligado á soltar lo que tenia cogido, abandonándolo á otras influencias, para convertir su actividad contra las nuevas dificultades que no cesan de ofrecérsele al paso, agotando sus esfuerzos, hasta que, á semejanza del soldado de Marathon, exhala el último suspiro de la agonía, cuando cree arrojar el grito de la victoria. Levántese en buena hora el guerrero para marchar á la conquista; no tardará, por cierto, en ver cómo ante sus ojos se estienden inmensos llanos, cubiertos de arenas abrasadoras, bosques impenetrables y desiertos áridos; encontrárase con rios profundos, pantanos fangosos y pestilentes, vastos lagos y grandes mares; chocará contra la barrera impenetrable de las altas cadenas de montañas cubiertas de eternas nieves; ligaránse en su contra el rigor y el ardor de la temperatura, el sol y las tempestades, el hambre, la sed y las enfermedades; y para disputarle sus fronteras, cien pueblos diferentes se levantarán á su vez: y mientras sostenga cuerpo á cuerpo las luchas contra el espacio, el tiempo, ese infatigable enemigo, de quien el poeta dijo, que no hay un cimientito tan duro, que al fin no llegue á disolver; el tiempo trabajando sordamente, terminará su obra y complicará las dificultades y peligros: el tiempo, por un lado repara las brechas, reanima los ánimos, renueva los obstáculos y trae en su curso las horas fatales y los dias infaustos; por otro roe, mina y corrompe, poniendo al descubierto las partes débiles, enervando las fuertes, y de repente arroja sobre el enemigo el monstruo terrible que lleva en sus entrañas, la inexorable muerte, cuyo soplo no tarda en anonadar al ambicioso con todos sus vastos proyectos y sus soberbias pretensiones.

Algunas veces se le permite al hombre establecer una cierta proporción entre la grandeza de sus designios y la dificultad

de la ejecución con los medios de que pretende servirse para llegar á su fin: sus débiles órganos puede ayudarlos por medio de otros nuevos agentes, poderosos como el hierro y el fuego, activos como los brazos multiplicados de un ejército numeroso; puede como encarnarse en un pueblo entero y hacerle mover como un colosal gigante. En este caso se concibe que está en actitud de luchar con ventaja contra las primeras dificultades del espacio y de desafiar los primeros choques del tiempo; pero ¿pudiera esperarse un próspero resultado cuando se trata de la empresa mas colosal que jamas se ideara, y cuando no se piensan emplear sino medios tan débiles y desproporcionados que deben considerarse como enteramente nulos? Doce pobres pescadores judíos, desprovistos de riquezas, de ciencia y de recursos humanos, se van por el mundo con una cruz en la mano, y no contando sino con su humilde predicación, tienen la seguridad de establecer un culto, instituciones y leyes nuevas en lugar del culto, las instituciones y las leyes antiguas, en todos aquellos pueblos que encontrarán en su tránsito, estén esos pueblos al Norte ó al Mediodia, al Oriente como al Occidente, en cualquiera latitud en que se encuentren; esperan que ni el imperio de los climas, ni la diferencia de hábitos y costumbres, ni la diversidad de razas, de aptitudes y de gustos, ni la variedad de idiomas y de ideas, ni el grado de civilización ó de barbarie, ni las mas tenaces resistencias, ni nada será capaz de impedir que los hombres adopten la misma creencia, y sigan las mismas máximas, ni dejen de practicar las mismas virtudes. ¿Pero el espacio no los habrá consumido antes de que hubieran llegado al término de su carrera? ¿y el tiempo no los devoraría antes de que hubieran colocado las primeras piedras de su prodigioso edificio? ¿No es inmenso el solo proyecto de construirlo? ¿Qué será de esos hombres cuando dispersos por las diferentes partes del mundo, se encuentren lejos de aquel que les inspiraba la fuerza, la constancia y el valor; cuando se encuentren solos, ó de dos en dos en una gran ciu-

dad, cuyo idioma ignoran, donde serán ridiculizados por su dialecto bárbaro, donde serán despreciados por la bajeza de su origen, segun que es odiosa la nacion de donde salieron? ¿Cuántos años se pasarán para adquirir al menos el derecho de ser escuchados, para inculcar sus ideas y hacerse de algunos prosélitos? ¿Cómo pueden prometerse que el tiempo respete su obra y que no la disuelva cuando pase por las pruebas de la esperiencia, cuando se someta al crisol de las pasiones, y cuando esté sometida al sople emponzoñado de la muerte? ¿Cómo mantener la unidad de las doctrinas á un mismo tiempo en todos los puntos y en todas las distancias, no obstante la rebeldía de los espíritus, la oposicion de los caracteres, la agitacion de las pasiones humanas y la separacion de los discípulos y los maestros? ¿Cómo pensar siquiera en empeñarse en predicar el Evangelio, sin que sea contagiado de las preocupaciones de las sectas y de los sistemas que dividen el mundo, cuando se le espone á la accion deletérea de las discusiones, á las groseras interpretaciones de la ignorancia, á los ataques del odio y al olvido ó á la indiferencia? Todos son obstáculos, todos son peligros, todas son dificultades. Sin embargo, la cruz no vacila, y avanza con seguridad, viendo desaparecer, como vanos fantasmas ante su luz, el tiempo y el espacio. En un instante la cruz fué llevada á todas las estremidades de la tierra: los apóstoles prolongaron su carrera mas lejos que Hércules y Baco. Solos cien años habian trascurrido despues de Pentecostés, y el filósofo Justino contaba entre los fieles aun á los mismos salvajes, y á los pueblos errantes que marchaban de aquí á acullá sobre sus carros: ¹ los galos, la España y la Germania estaban en comunion con el Egipto y todo el Oriente hasta el interior de la India. Así como no habia sino un sol en todo el universo, segun la espresion de San Ireneo, contemporáneo á este prodigio, así tambien la misma luz de la verdad iluminaba á toda la Iglesia desde una estremidad á la otra del mundo. ²

¹ Justino, Apolog. 2, y contra Tryphon.

² San Ireneo, 1, 2, 3.

¿Pero esa luz se conservará en todo su esplendor, sin temer que sobrevegan las tinieblas? ¿no se debilita, minora y estingue? No; tengamos fé en el poder divino que la sostiene. El sol de la verdad levantándose rápidamente y llegando á su zenit, disipa las tinieblas y hace que penetren sus rayos inalterables hasta los últimos confines del mundo. Hacia el siglo cuarto de la predicacion evangélica San Atanasio pudo escribir en estos términos al emperador Joviano: "La fé de Nicea que nosotros confesamos, ha sido la fé de todos los tiempos: todas las iglesias la siguen, las de España, las de la Gran Bretaña, las de la Galia, las de la Italia, las de Dalmacia, las de la Decia, las de Macedonia, las de toda la Grecia, de toda la Africa, las de la Cerdeña, de Creta, de Chipre, de Pamphilia, de Lycia, de Egipto, de la Libia, del Ponto, de Capadocia: la misma fé tienen todas las de Oriente con muy pocas escepciones."

He aquí cómo la cruz quedó dueña del campo de batalla; su victoria fué completa. Derribó la fuerza cuádruple de la materia, de la inteligencia, de los sentidos y de la inercia; y tiene sujetos á sus piés el tiempo y el espacio; esos dos grandes enemigos que desconcertaron á Ciro, á Alejandro, á César, y en nuestros dias al mas hábil y poderoso de los capitanes. La cruz para establecer su imperio, está fuera del tiempo y se burla del espacio; y para sostenerle desafía los esfuerzos de esos dos terribles hijos de la nada, y las ruinas de los pueblos que ellos acumulan sin cesar, no sirven sino para enaltecer mas y mas su trono inmortal.